

HISTORIA DEL MUNDO Y SALVACIÓN. LOS PRESUPUESTOS TEOLÓGICOS DE LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

Matías E. ILIVITZKY
Universidad de Buenos Aires
✉ ilimati@yahoo.com

de Karl Löwith.
Katz Editores, 2007, Buenos Aires, 288 pp.

El historicismo ha demostrado ser, a lo largo de la filosofía occidental, uno de los paradigmas y visiones epistemológicas más destacados y utilizados. En función de dicho rol, las más diversas tendencias ideológicas y conceptuales optaron por visualizar en el desenvolvimiento temporal de la humanidad una meta definitiva, un destino final orientador, director y, fundamentalmente, significador del todo.

En ese sentido, Karl Löwith se propone en esta obra indagar, en primera instancia, para posteriormente cuestionar en forma crítica y fundamentada, la utilización que diversos pensadores le otorgaron a la filosofía de la historia en sus respectivos sistemas teóricos. En su carácter de primer discípulo de Heidegger, y desencantado con el maestro, el autor desea develar –cual *aletheia*– una verdad oculta y trascendente en un conjunto de filósofos de por sí heterogéneo.

Si bien este grupo está comprendido en un marco trazado desde Paulo Orosio y San Agustín de Hipona hasta Karl Marx y Jacob Burckhardt, Löwith decide, originalmente, invertir el orden cronológico de su exposición, comenzando con el destacado historiador alemán, para finalizar con una remisión a las interpretaciones bíblicas de la historia. Entre los tres motivos aducidos para justificar esta curiosa operación, el primero consiste en que el lector moderno no asimila inmediatamente a las abstracciones historicistas con la teología – lo cual representa la tesis central de investigación del trabajo – sino que, por el contrario, la asocia con la creencia en el desarrollo inevitable del progreso esgrimida por el positivismo heredero de la Ilustración, es necesario

comenzar por lo que le es más familiar, por el más cercano pasado, para a partir de ese terreno comenzar a desandar el prolongado camino recorrido por la reflexión historiográfica desde las postrimerías de la Antigüedad hasta los albores del siglo XX.

El segundo argumento está basado en una proposición que también avalan la historia conceptual y la historia de las ideas, consistente en despojarse de prejuicios y motivaciones existentes en el presente para analizar hechos y teorías pasadas, ya que podrían dificultar una comprensión más adecuada del objeto de estudio. De esa forma, y así como su colega y amigo Leo Strauss proponía, frente a la querrela entre los antiguos y los modernos, eliminar las presuposiciones que posee el investigador contemporáneo, Löwith espera que, al comenzar su estudio por el final, se entiendan más fácilmente tanto las modificaciones como las bases del pensamiento historicista.

Finalmente, el tercer causante de la alteración de la cronología radica en que en la modernidad no existe un fundamento último que organice a los datos ofrecidos por la empiria en la práctica profesional de la historiografía, la cual ha cesado de buscarlo. Por ende, se revela necesario observar el surgimiento de la linealidad teleológica pero no a través de un salto abrupto por sobre las generaciones intermedias, sino por el contrario desglosar paulatinamente a las teorías que conforman la filosofía de la historia para arribar, de manera mediatizada, a los elementos originarios.

Habiendo efectuado la explicación antedicha, Löwith procede con la descripción de los comienzos del historicismo, el cual trasciende a la historiografía debido a que no existe un sustrato empírico que fundamente sus juicios, como ésta, por lo que, a nivel epistemológico, sólo puede ser abordado desde la filosofía propiamente dicha o, inadvertidamente para la mayoría de los analistas contemporáneos, desde la teología.

A la vez, tampoco todo el campo de la investigación filosófica es admisible. La concepción temporal de la Grecia clásica –retomada también en la antigua Roma hasta el apogeo del cristianismo– era cíclica, y no lineal, y se fundamentaba en las revoluciones y circunvalaciones de los objetos celestes. Carecía de objetivos finales, y se basaba en una repetición constante de ciertos eventos de importancia cardinal de la cosmología pagana, que guardaban una paradójica similitud con situaciones acaecidas entre la humanidad, como el nacimiento, la muerte y la regeneración. La significación era buscada por los principales referentes de la historiografía clásica.

sica, como Heródoto o Tucídides, en el interior y a partir de los acontecimientos históricos, y no desde una posición de exterioridad interpretativa del conjunto.

Por lo tanto, Löwith realiza un nuevo recorte disciplinar, observando que la pregunta por un sentido último en la historia proviene del pensamiento judío y cristiano, y que dicho interrogante será retomado posteriormente por una filosofía que, a pesar de pretenderse secularizada e independiente de la teología, conserva en el fondo la impronta teleológica de ésta.

La historia desde la acepción judaico-cristiana tiene una meta final: la salvación. En función de la caída en el pecado y de la expulsión del género humano del paraíso, el hombre espera constantemente ser redimido de sus penas y culpas en una instancia conciliatoria que le otorgue una absolución y consagración definitivas. De esta forma se produce un fenómeno que, mientras denigra el valor del presente, exagera la espera del acontecimiento más relevante del futuro, lo cual a su vez invierte el significado del vocablo griego *historein*, referido a sucesos presentes y pasados.

Lo antedicho anula el rasgo fatalista y determinista de la visión cíclica, que implica que lo que aconteció y acontece volverá a suceder en idénticas condiciones, y se plantea el carácter contrario a la profecía presente en la historia, que verá en lo ocurrido los elementos que permiten vaticinar el porvenir. Al contrario de la tradición vigente en Grecia, se busca en el exterior y por fuera de los hechos acontecidos en la realidad la clave que permita entenderlos y que posibilite avizorar a la vez sus potenciales desenvolvimientos. Consecuentemente, la historia perderá la pluralidad que la caracterizaba en la Antigüedad, en donde estaba conformada por la sumatoria de pequeños relatos aislados, para acceder a una unificación sustentada en la escatología.

Ahora bien, habiendo explicado la dicotomía existente, ¿es posible arribar a algún tipo de armonización entre ambas perspectivas? Löwith cita el caso del historiador inglés Arnold Toynbee, quien postulase que el movimiento ascendente y recto de la religiosidad puede ser complementado con el cíclico de las civilizaciones. Sin embargo, ésta es una opción que el autor de *De Hegel a Nietzsche* descarta al tratar de demostrar precisamente en *Historia del mundo y salvación* la imposibilidad de encontrar nuevas orientaciones en la historiografía contemporánea que, aún cuando algunos de sus principales exponentes lo nieguen, continúa asentada

sobre sendas corrientes, limitándose a presentar ocasionales variantes y aliteraciones de éstas. Löwith manifiesta hacia el final de esta reveladora obra el desencanto de quien contempla la prolongada búsqueda de un sentido en la historiografía, a sabiendas de que dicho esfuerzo se encuentra cercano –ya que el decir condenado equivaldría a un determinismo historicista- a la infructuosidad.